

responsabilidad que traía sobre él aquel fatal acontecimiento, y después se dirigió tranquilo á su despacho, jurando una y mil veces vengarse de la burla sangrienta del guerrillero.

Al día siguiente anunciaron los periódicos que Pablo Martínez estaba en poder de la autoridad francesa, y que el coronel encargado de la custodia del camino de Tlalpam había sido pasado por las armas por habersele encontrado documentos que acreditaban su complicidad con los desidentes.

CAPIULO SEPTIMO.

EL ALMA DE UNA MUJER.

I.

Las imaginaciones exaltadas suelen tener doble vista, como se cuenta de los sonámbulos y magnetizados.

La emperatriz Carlota estaba bajo la influencia de su cerebro lleno de imágenes ardientes y de concepciones rápidas como la exhalación.

Su inteligencia era clara como la luz del sol, y comprendía cualquier negocio á su simple enunciación.

Carlota de Austria presidía algunos consejos con un tacto admirable. Era el consejero más hábil de Maximiliano.

A fines de Junio de ese año terrible de 1866, se encontraba la desgraciada princesa en su cámara, hojeando la nota del 5 de Abril que interesaba tanto al imperio mexicano.

Carlota llevaba aún el luto por su padre el rey Leopoldo. Los pesares habían empalidecido aquella interesante fisonomía, la mirada era triste y concentrada.

¡Pobre joven archiduquesa! Los pesares la combatían en las horas supremas de su vida, en esa época que se llama juventud y que se arrastra tantas contrariedades.

¡Había nacido en hora aciaga!..... Joven, hermosa, llena de aplausos, colmada de incienso y de riqueza, era la joya más preciosa de la corte de Bélgica.

Arrastrada por la ambición, única sombra proyectada fatídicamente sobre su alma, se casó con el archiduque de Austria, llevando la esperanza de ser emperatriz, caso que José II no tuviese sucesión.

Ya la hemos visto perder la razón en el sueño de la mo-

narquía mexicana, y pesar de la balanza de la voluntad en Maximiliano para la aceptación del trono.

Carlota tenía arranques terribles en que su corazón de mujer quedaba bajo su planta.

Iracible y orgullosa, su nacimiento y educación la levantaban sobre el nivel de las de su sexo.

Poseía en alto grado esa afectación de las cortes, de las que se sacrifica la creencia religiosa.

Carlota era protestante, y sin embargo, iba á levantar sus preces en los templos católicos de México.

Enemiga á muerte de nuestro clero, le cobraba el sacrificio de asistir á sus ceremonias, cuando su alma se envolvía en las tinieblas del dogma luterano.

II.

Maximiliano, triste y abatido como un hombre en desgracia, se dejaba llevar como una nave desmantelada por el primero que toma el timón en la hora exasperada del naufragio.

La correspondencia europea le había arrancado hasta la última de sus esperanzas.

El mar del porvenir se hinchaba, y crecía en olas gigantes hasta cubrir la miserable roca donde se levantaba el sitio del trono.

El infeliz Fernando Maximiliano, no había contado en su existencia una hora de tranquilidad.

En la corte de Viena vivía como los hermanos de los mayorazgos: abatido, humillado, con la frente baja, delante de José II que lo quería mal.

Lanzado desde sus tiernos años á las tormentas del Océano, bajo el pretexto de instruirle en la marina, su existencia había estado cien veces en peligro, sin que esta perpetua ansiedad inquietase á la angusta familia.

Maximiliano no era hombre de mucha capacidad; sin embargo, tenía la suficiente para conocer lo terrible de su situación. Era Don Juan de Austria de aquel Felipe II, sin tener las glorias ni el arrojo del bastardo de Carlos V.

Entregado á la vida del marino, cuando llegó á posarse en tierra, se entregó sin quien lo contuviera, á extravíos juveniles que acabaron por fastidiarlo.

José II ajustó el matrimonio con Carlota Amalia, hija de rey Leopoldo.

Maximiliano llegó á amar tiernamente á la princesa; pero Dios no había querido darle sucesión, y su hogar estaba triste y abandonado.

Maximiliano, retraído de la corte, fabricó el castillo de Miramar, para encerrarse como en una torre, prisionero de la fatalidad.

Jose II le encomendó algún tiempo el gobierno Lombardo Veneto, y el archiduque descubrió algunas dotes, administrativas que lo popularizaron y crearon algunos partidarios, lo cual no fué del agrado de su augusto hermano.

Su administración en la Lombardía tiene una página sangrienta.

El gobierno austriaco está familiarizado con los patíbulo, y esto no es una novedad en la trágica dinastía de los Hapsburgos.

La secreta rivalidad despertada en el corazón de José II, hizo proscribir al archiduque.

Se cuenta, y pasa por un hecho histórico, que ese orgulloso emperador quiso atravesar con su espada el pecho de su hermano en un consejo de familia.

Napoleón III, al querer establecer el imperio en México, pensó en Maximiliano, como el instrumento más á propósito para sus miras en el porvenir de América.

José II consintió en que su hermano se ciñese la corona de México, previa renuncia de los derechos de agnación al trono de Austria. Estos derechos, que teniendo José II sucesores parecían ilusorios, no lo eran, toda vez que el pueblo austriaco en sus convulsiones revolucionarias tornaba la vista al hermano del emperador.

La hora se aproximaba en que el trono de Maximiliano debía desplomarse, y la Francia se retiraba dejando una víctima á la revolución en quien cebarse.

Los preliminares de ese día funesto para el archiduque, se determinaban visiblemente en el mundo de la política.

José II se contentaba con decir en la corte de Viena, que su hermano había corrido una aventura cuyas eventualidades había él provisto de antemano, y por una concesión fuera de su carácter, había convenido en el enganche para formar el ejército mexicano.

Hay espíritus que al entrar en el océano siempre inquieto de la política, llevan la conciencia de su destino.

Maximiliano, al poner su planta vacilante en la cubierta de la "Novara," y al escuchar las salvas de la marina austríaca que lo despedían del puerto de Trieste, tuvo el presentimiento de un desastre, y lanzado sin un rayo de fé en el mar de vicisitudes, cerró sus ojos para ir á donde la suerte condujese aquella nave arrebatada por los antros de la fatalidad.

Era voluminosa la correspondencia que el emperador había recibido de Europa.

Abrió un pliego con el sello del gobierno Austriaco, y leyó en voz alta con ansiedad:

"Han empezado en todas las provincias de Austria, y continuarán hasta el fin de Abril, los enganches de voluntarios para México. Mil hombres alistados en esta primavera, emprenderán viaje á Veracruz el 8 de Mayo. Las comisiones de enganche se componen de un oficial de Estado Mayor, de un capitán, de un oficial superior y de un médico militar. Los enganchados son trasportados inmediatamente á Leibach, depósito principal de la legión de voluntarios para México, al mando del teniente coronel retirado Mr. Vincout Petican.

"Debiendo quedar enganchados este año 3,000 hombres, se suspenderán los reclutamientos á fines de Abril; pero se empezarán de nuevo en el otoño."

—Mi augusto hermano, dijo el archiduque, es acreedor á nuestra gratitud.

—¡Estamos salvados!

—Sí, Carlota; para el invierno de 67, el contingente austriaco estará en el territorio y podremos afrontar la crisis que necesariamente provocará la retirada del ejército expedicionario.

—¡Deber la paz de la monarquía á nuestros esfuerzos!

—¡No necesitar del auxilio de la Francia!

—Maximiliano! dijo exaltada la emperatriz, es necesario variar de rumbo, la política seguida hasta aquí, en medio de las transacciones nos ha conducido al abismo: desprendámonos de los republicanos que hemos llamado al poder; ellos han hecho más por la revolución que por el imperio; no hemos podido vencer su repugnancia hacia estas instituciones.

Sólo podemos contar con los soldados: Márquez será el jefe del ejército; ese hombre ha puesto un mar de sangre entre él y los republicanos; cierto que es un asesino miserable, á quien instintivamente aborrecemos; pero no importa, es necesario utilizar esa fiera salvaje. Sirvanos como Tristan á Luis el Onceno, como ejecutor de la justicia imperial.

Contamos con Miramón, el hombre de la fortuna y del valor, aunque está manchado con el robo escandaloso de los fondos de la convención, y revolcado en el cieno de una existencia llena de miserias y de crímenes: sea el Juan Diente de Maximiliano I.

Tenemos otros jefes de segundo orden, serviles y humillados á nuestros piés, como unos esclavos formemos el ejército, y después del triunfo, los que hayan quedado de esos miserables, los relegaremos al desprecio y olvido!

—Bien, Carlota, yo me dejo llevar por tus inspiraciones; cambiaré definitivamente en mi marcha política y administrativa. Sí, Carlota, yo me he hecho violencia durante mucho tiempo; se necesita otra educación para plegarse á ese sistema deocrático no aceptado hasta hoy por ninguno de los hom-

bres de nuestra raza. Yo me revelo contra toda observación, quiero ser obedecido sin restricción alguna.

—Y lo serás; si tienes energía y perseverancia, no hay mas que echarse en brazos de los hombres que nos han ayudado á levantar el trono: llamemos á ese partido de la tradición, ¿qué nos importa volver atrás? Napoleón hace sentir su influencia progresista en todos los ramos, menos en el de la política. ¿Qué nación del viejo Continente puede jactarse de liberal y democrata? La misma Inglaterra tiene una mano de hierro sobre sus pueblos, sofocando la revolución que la amenaza de continuo, y tiene alzado un patíbulo para los phenianos. Johnson con el veto, ha sofocado la efervescencia radical, y en el senado se apaga la tea que enciende la juventud americana en el Capitolio! Sí, Fernando, todos los poderes están sobre los pueblos: Juárez mismo ha tenido que adjurar del principio constitucional, erigiéndose en dictador para sostener la paz y la guerra.

—Bien, dijo Maximiliano, acepto todo tu programa.

Continuemos la lectura de las notas, dijo Carlota, y leyó el contrato celebrado en Viena por la Compañía trasatlántica francesa, con la comisión encargada de la expedición de austriacos voluntarios para el servicio de México. Todo está perfectamente arreglado.

—Veamos qué dicen los Estados Unidos, dijo Maximiliano: aquel país es fatídico para nosotros.

Carlota rompió el sello de un despacho confidencial, y su vista de águila la pasó atrevida por aquellas líneas. Algo de funesto encontró en el sentido de aquellos renglones, porque la sangre enrojeció sus mejillas, de sus ojos inmensamente abiertos se desprendieron dos lágrimas de fuego, y sus dientes rechinaron con horror.

Maximiliano tomó con mano temblorosa el pliego, y leyó:

“Washington, 23 de Abril.—El gobierno ha recibido del emperador de los franceses, seguridades satisfactorias de que todas las tropas francesas serán retiradas de México, y de que la Francia seguirá una política de absoluta no-intervención en los asuntos mexicanos

Nuestro gobierno exigirá igual política de parte de todas las potencias europeas. Se han recibido de París y de Viena noticias oficiales de que el emperador de Austria se ha comprometido á suministrar tropas á Maximiliano para reemplazar á los franceses, y que un gran número de soldados austriacos se halla á punto de embarcarse para Veracruz. Mr. Seward ha dado orden á Mr. Motley, de pedir sus pasaportes tan luego como haya partido el primer buque con tropas para una expedición de este género, así como de notificar al gobierno de Viena, que el ministro de Austria en Washington recibirá sus posaportes al llegar aquí semejante noticia.

La intervención de cualquiera potencia europea en los asuntos interiores de México, será de aquí en adelante considerada por nuestro gobierno como *causa de guerra*. La Francia se ha visto empeñada en una guerra con México, buscando el resarcimiento de los perjuicios é injurias que había sufrido; y ahora ha aceptado la política de no-intervención, cuyos *custodios* en lo que respecta á México, serán en lo sucesivo los mismos Estados Unidos.”

El desgraciado archiduque entró en ese abatimiento de los sentenciados á la última pena.

Esto es horrible! exclamó la princesa; los Estados Unidos han jurado nuestra pérdida!

—Sí, exclamó Maximiliano, estamos perdidos.

—Véamos lo que dice S. M. tu augusto hermano.

Aquí está un telegrama de Viena, fecha dos de Mayo.

“La salida de los voluntarios austriacos para México, se había arreglado para el 10 de Mayo, y el lugar de reunión sería Laibach. El ministro de los Estados Unidos Mr. Motley, fué el 8 á conferenciar con el Conde de Mensdorff-Pouilly, después de lo cual, los voluntarios volvieron á sus hogares con licencia ilimitada. Mr. Motley declaró, que en caso de que se tratase otra vez de enviar voluntarios á México, saldría de Austria inmediatamente.”

—No, dijo abatido Maximiliano, es necesario ceder, la Francia y el Austria se humillan ante el coloso americano: ¿qué vamos á hacer nosotros, miserables pigmeos, ante esa fuerza poderosa que arrastra la voluntad de los Continentes?

Carlota de Austria se mordió los labios hasta hacerse sangre.

Después de un momento de silencio, dijo con reposo.

—Los Estados Unidos han humillado á José II y á Napoleón III, porque se apoyan en un derecho reconocido, el de no intervención. Este pretexto puede escusarnos, porque la Unión ha declarado á su vez, que no intervendrá en los asuntos domésticos de México: la cuestión está reducida á tener un ejército.

Maximiliano le mostró un libro en el que estaban anotados los hombres con quienes podían contar para un momento dado.

—He ahí, dijo, los elementos para el sostén de la lucha; pasa los ojos por esas notas, y te convencerás de la imposibilidad de sostener una situación.

—Escúchame, Fernando, el ejército francés tiene que licenciar á millares de soldados que han cumplido su término; podemos tomarlos á nuestro servicio. Compraremos el material de guerra, y por un doble juego nos encontraremos con un ejército disciplinado.

—¡Napoleón no consentirá jamás!

—El, nos ha orillado á situación tan espantosa.

—Contestará con subterfugios y evasivas.

—Y si yo, dijo la orgullosa Carlota de Austria levantándose con precipitación, marchase á Europa y me presentase de improviso en las Tullerías y arrancase al César esa concesión, ¿qué dirías?

—Eso es irrealizable,

—¡No lo será, partiré para Francia, soy intransigible en mis propósitos, Maximiliano!

—Carlota, tú no podrás resistir esa situación que se va á desenvolver ante tí.

—Fernando, yo he abandonado mi hogar, he renunciado á las caricias de mi padre!.....Al cruzar el océano le he dado sin sentimiento un adiós eterno á mi patria, trocándola por este suelo donde soñaba un solio, foco de ambiciones ahogadas en la cuna, porque el cielo me arrojó al mundo perdiendo la primogenitura.....He vuelto la vista al campo de las dinastías, las ramas todas de mi familia se sientan en los tronos del continente, excepto en el de Francia, improvisado en un in-mundo vivaque, ajado por la soldadesca impía y desenfrenada de los Bonapartes!.....Sí, cuando circula por mis venas la sangre real y me encuentro atada á un escaño miserable, le he dado una mirada de desdén á ese brillo deslumbrante de los doseles y de las coronas y me he vuelto al Septentrión para arrancar en el ataúd al cadáver de Moctezuma II, esa corona hecha pedazos por la espada de Hernán Cortés, soldarla y colocarla en mis sienes cumpliendo el destino de mi familia que se ha impuesto al mundo de los siglos y del porvenir!.....He querido ser emperatriz y lo he sido!.....

—¡Hoy despertamos de ese sueño, Carlota!

—Sí, hemos despertado; pero aún no tocamos al fin de ese sueño trocado en pesadilla, Maximiliano! recuerda á María Antonieta, ha subido con paso firme al cadalso en medio á la tormenta popular; ella es de mi familia, y los de mi raza saben que el trono suele improvisarse en el patíbulo; allí, sí, allí está la postrera página de las monarquías!..... ¡La muerte! prosiguió exaltada la joven archiduquesa, la muerte es preferible á esa evidencia ridícula de un rey destronado! aún me parece ver á mi abuelo, á Luis Felipe, astro apagado en el océano de las revoluciones, morir en el olvido y el abatimiento!.....¡Maximiliano, mil veces el cadalso que proyectar en una corte extrajera la raquítica figura de ese desgraciado rey de Nápoles á quien Garibaldi le ha puesto el gorro frigio, como la turba de Francia de 93 á Luis XVII!

—¡Todo esto es horrible!.....espantoso!.....

—Antes de sucumbir en el gran desastre que nos amenaza y tornar en la nave de la vergüenza á esconder nuestras frentes en las estancias de Miramar, partiré á Francia y libraré en el

último duelo con Napoleón el porvenir del imperio!.....Sí, Fernando, continuó declinando en un acento apacible de ternura, yo me aparto de todo; y mi corazón se vuelve hacia tí, á quien amo profundamente; la emperatriz se desciñe la corona y la esposa viene á mezclar sus lágrimas á los pesares de su compañero.

Aquella alma sublime se deshizo en llanto tristísimo que empapó como una lluvia de amargura las manos del archiduque.

—Sí, continuó, pasaré contigo ese día de los recuerdos, el de tu cumpleaños, acaso no lo volvamos á ver lucir juntos sobre la tierra!

Maximiliano creyó oír la voz profética de las Sibilas, y su imaginación, envuelta en las supersticiones alemanas, se estremeció profundamente.

Su corazón convergió hacia ese punto donde la naturaleza nos arrastra con una fuerza irresistible; pensó en Guadalupe.

Aquel hombre contrariado por el vendaval de la desdicha, inclinó su cabeza y lloró!.....

¡El llanto es el último asilo de las angustias humanas!.....

—Hundido en el abatimiento guardaba un profundo silencio, mientras que Carlota de Austria estrechaba á su corazón la frente de su esposo, donde ardía el mundo de la desesperación.

Daba la una en el reloj del Alcázar, cuando de la soledad del bosque se alzó una voz melancólica entonando la fatídica canción:

*Massimiliano,
Non te fidare,
Torna al castello
De Miramare.*

Maximiliano se estrechó en el seno de la joven, y aquellos dos seres desgraciados se hundieron en el abismo sin fondo del desconsuelo y de la tribulación!.....

CAPITULO OCTAVO.

EL GRABADOR Y DIAMANTISTA

I.

En la pieza interior del establecimiento de un grabador se encontraba el comandante Demuriez, hablando con el artista.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO DE VES"
CALLE 1223 MONTECARMEL, MEXICO

El soldado francés tenía un aire de inquietud que apenas podía disimular.

El artista lo escuchaba con calma.

—Necesito de vuestros oficios, caballero.

—Estoy á las órdenes de usted.

—Es un negocio que puede proporcionar una fortuna regular.

—Ya escucho.

—Ved los sellos de estos despachos.

El artista examinó con cuidado el timbre del ministerio de relaciones de la Francia, que era nada menos el que contenían aquellos sobres.

—¿Y bien? preguntó después de algunos minutos.

—Se necesita que abráis un troquel igual ó semejante sin olvidar ninguno de sus detalles.

—Hablemos claro, dijo el artista, se trata de una falsificación.

—Ciertamente.

—No puedo servir á usted, señor comandante, tengo pena de presidio.

El francés no se inmutó, seguramente esperaba la respuesta.

—Está á mi alcance, dijo, cuanta reflexión podáis hacerme en este asunto.

—Entonces hemos terminado.

—¿Y que precio le pondráis á vuestro trabajo?

—Lo que es el trabajo personal, es insignificante, lo que vale algo más es la responsabilidad, al ver la obra cualquier perito, conocería mi buril.

—Bien, ¿cuánto vale esa responsabilidad?

—Falsificar los sellos de la Francia, caballero, no es muy sencillo.

—Se entiende.

—El buril puede trocarse en cadena.

—Yo estoy al otro extremo.

—Esto me satisface bien poco.

—Ajustémonos.

—Ajustémonos.

—Decididamente decidme vuestro último precio.

—Eso depende del negocio que vaya usted á emprender.

—Eso no importa.

—Puede usted dirigirse entonces á otro taller, caballero.

Demuriez estaba visiblemente contrariado, una vez descubierta su intención tenía que pasar por cuantas condiciones se le impusieran.

—Comprendo, le dijo aparentando la mayor tranquilidad, que debéis explotarme hasta el último momento, puesto que he tenido que haceros esta con fianza.

—Es un negocio como cualquiera otro.

—Y si os dijese que esto ha sido un lazo para saber quién ha falsificado sellos de la legación y que me he dirigido á usted por sospechas vehementes?

—Ya es tarde, caballero.

—No, no lo es, hay bonos falsos con sellos salidos de esta casa.

El artista palideció.

—Yo me he dirigido á este establecimiento porque os conocía de antemano.

—Ajustémonos de una vez, caballero, este asunto me inquieta sobremanera.

—Bien, ya nos hemos entendido, necesito que abráis un sello como el modelo que os he presentado.

—Se hará, caballero, vale doscientas onzas el troquel.

—No hablemos más, hacedlo, dijo Demuriez que sentía arrancarse una pluma de las alas del corazón.

II

—¡Diablo de franceses! dijo el artista, están haciendo negocios bárbaros! en menos de dos meses he tenido tres obras, saben levantar el campo en toda regla ¡qué importa!.....con clientes así ya se podía trabajar toda la vida.

Un carruaje se detuvo en la puerta de la tienda.

Ya esperaba la visita.

Una dama vestida de negro y con el velo tendido sobre la faz, penetró en la casa del grabador.

—Pedro, dijo la dama, tengo una apuración mortal, mi marido ha buscado el aderezo de brillantes.

—No hay cuidado, señora, la pieza está perfectamente acabada.

—Tengo que ponérmelo esta noche para una fiesta de la corte.

—¿Hay tertulia en palacio?

—Sí, y estoy ahogada con tu tardanza.

Pedro el grabador se dirigió á un estante, sacó cuidadosamente la llave, abrió, y tomando una caja de las que estaban apartadas en el armario la llevó á la dama que la abrió con gran curiosidad.

Revisó uno á uno los brillantes, los expuso á la luz para examinar las reproducciones de ella, y exclamó al fin:

—¡Perfectamente!

—Las piedras, dijo el grabador, que engañarían al mismo Baulot, son un trabajo exquisito.

—Sí, dijo la dama, las piedras pasarán por buenas, sin violencia alguna; además, que como es ya conocido el aderezo, nadie reparará en esta *sustitución*.

—Imposible, observó Pedro, estoy seguro que brillan más que las verdaderas.

--Dámelas.

—Aquí las tiene usted.

Entregó envueltos en un papel los brillantes que había desmontado y que eran de un gran valor.

—Arreglados, dijo la dama, y puso en manos del grabador unos billetes sobre el Banco de Londres y México.

--Va usted á salir de sus compromisos, dijo Pedro.

—Voy á empeñar las piedras, repicó la dama, muy pronto las colocarás en su montadura.

—Está bien, siempre estoy á disposición de las damas.

La enlutada salió de la tienda, volvió la vista á lo largo de la calle, y convencida de que nadie la observaba, entró en el carruaje que partió á toda carrera.

III.

—No está malo el día, murmuró Pedro. Este negocio del francés me preocupa, no ha regateado un solo peso.....si pudiera seguirle la pista y saber quién es la víctima, el negocio tomaba otra forma más hermosa; el francés iba á Cayena y yo me hacía de fondos.....pero no, si es un personaje y lo quieren cubrir, pueden tornarse los papeles y ser yo el que salga para la Martinica. Pedro, paciencia, no hagamos lo que el codicioso con la gallina de los huevos de oro.

Iba á guardar los billetes, cuando se presentó un joven á la puerta del obrador.

—Pedro, vengo á proponerte otro de los obsequios de mi novia.

—¡Demonio! se ha propuesto esa señorita no dejar sortija en su tocador.

—Su amor es inmenso.

—Ya, se conoce por los continuos regalos; vamos, ¿qué trae usted ahora?

—Es un relicario.

--Veamos el relicario.

El joven sacó un relicario guarnecido de brillantes y lo presentó á Pedro.

--Es una alhaja antigua.

—Sí, ahí estaba colocado el retrato de mi suegra que en paz goce.

—Tiene algunos años esta montadura: el oro está viejo, los brillantes no son muy grandes, el cerco.....

—¡Con una legión de diablos! dijo el joven, que estás haciendo la biografía de esa prenda de una manera horrible!

—Tiene su valorcillo.

—Por eso la traigo á su tienda, necesito *fondearme*.

—Bien, los brillantes representan poco más ó menos, veinte quilates.

—No entiendo esa jerga, dinero y dinero es lo que necesito, tú estás rico.

—El dinero está muy escaso, la plata reconoce su origen, se esconde en las entrañas de los agiotistas.

—¿Cuánto puedes proporcionarme?

—En calidad de préstamo, cinco onzas.

—Eso no me sirve ni para empezar.

—Le juro á usted que no tengo un centavo más.

—Tengo un compromiso.

—Lo comprendo, pero estoy pobre.

—Hombre, con doscientos de á caballo complétame cien pesos.

—Imposible.

—Mira que me pego un tiro!

—Será muy lamentable, porque tenemos algunas cuentas pendientes.

—Estoy arruinado.

—No, no tanto supuesto que tiene usted una novia que lo obsequia.

—Vamos, dame los cien pesos.

—No los tengo, doy todo lo que poseo.

--Eres de fierro.

—Ojalá que fuese de oro, ya me hubiera fundido.

—Vengan las cinco onzas.

Pedro sacó el dinero y se lo entregó al joven no sin recoger antes el relicario.

IV

—¡Toma tu lujo! así se tienen carruajes y libreas, ¡pobre señorita! este hombre le va á gastar hasta la fe del bautismo. Este majadero no sabe el valor de los brillantes, ya los sustituiremos un poco más tarde.

El carruaje en que había ido la dama se detuvo por segunda vez á la puerta del grabador.

Un caballero como de cuarenta y seis años, apuesto y elegante, entró en el establecimiento, se recargó en el mostrador y comenzó á hablar en voz baja con Pedro.

—Pase usted, dijo el grabador, y ambos penetraron en el interior de la tienda.

—Aquí tiene usted este aderezo de mi señora.

—¡Demonio! murmuró el grabador, ¡he caído en el garlito! ¿Qué quiere usted que haga con esta prenda?

Necesito que desengarse usted las piedras y le ponga unas falsas al aderezo: voy hacer uso de los brillantes.

Pedro se rascó una oreja.

—Caballero, es una obra difícil, no tengo piedras.

—Es necesario buscarlas; confío en que no me dejará usted en el compromiso.

—No, no puedo comprometerme, llévese usted el aderezo.

—Tengo confianza en usted.

Como el lapidario sabía que las piedras eran falsas, se excusaba de recibir la alhaja.

—Estoy desesperado, usted es el único que puede guardar el secreto con respecto á mi señora.

—Caballero, no puedo servir á usted, es un engaño al que no puedo prestarme, esto me desprestigiaría.

—La honradez de usted me desespera.

—Mi honor es mi fortuna, caballero.

—Está bien, me marcho.

—A la disposición de usted.

El hombre aquel se largó desesperado creyendo en la buena fé del artista.

V.

i

—¡Canario! es un matrimonio de vino, exclamó Pedro, y se echó á reír como un desesperado; la dama le ha jugado una soleta de primera.

Después sacó los billetes que le había dejado la señora y se puso á examinarlos.

—¡Rayo de Dios! exclamó de repente, le han dado cuchilladas á caballo de espadas! Estos bonos son los que he falsificado y á mí me los negocian. El diablo que se atreva á presentarlos en la casa de esos malditos ingleses.....en fin, procuraré colocarlos; y los guardó en su cartera, como hombre avezado á esa clase de lances.

VI.

Demuriez, que había conseguido su licencia absoluta pretextando una enfermedad, para no verse obligado á solicitar del mariscal Bazaine licencia para su enlace, regresó al hotel donde había tomado una habitación; porque cesando de ser militar no tenía derecho al alojamiento.

Luego que estuvo solo, forzó por dentro la llave y sacó de un secreto de su baúl unos papeles.

Los revisó con suma escrupulosidad y pareció quedar enteramente satisfecho.

—Esta es la fé de bautismo, éste el certificado por el que aparece no estoy anotado en el libro de matrimonios de la parroquia; éste el certificado del registro civil, y ésta la información sobre que no tengo impedimento alguno para mi enlace. Sólo falta el sello del ministerio de relaciones y el de la legación francesa. Luego que se retire el mariscal Bazaine con el último destacamento, verificaré este matrimonio.....¡Dios mío! dijo con acento concentrado de aflixión, ¡mis pobres hijas!

Y sacando de su cartera unos retratos se puso á contemplar á dos niños al lado de una joven hermosa que sonreía de felicidad.

—Voy á abandonarte por algún tiempo, esposa mía! He arrastrado ya muchos años de desdicha y miseria en los campamentos.....El infierno me arroja en mi camino á una mujer como escala á esta ambición que me devora¡el oro,.....sí, ¡la riqueza, el esplendor!..... ¡todo á costa de un crimen!..... Cuando yo posea esos billetes, regresaré á Francia, tomaré á mi familia y pasaré con otro nombre á InglaterraClara tiene aún una fortuna inmensa, acabará por olvidarme y conocerá el engaño después de mucho tiempo, cuando mi memoria se haya debilitado en su cerebro y su corazón.....¡pobre joven! ella me ama con una pasión inmensa. Un amigo mío me ha escrito un *diario* lleno de tintas melancólicas que penetran en el alma virgen de una mujer como un filtro de muerte. ... Ella me cree apasionado, delirante, ¡pobre Clara!.....yo nunca había cometido una mala acción, pero la fatalidad me ha envuelto entre sus sombras, ¡soy muy desgraciado! No, ¡soy un miserable! yo debo ir á arrojarme á los piés de esa criatura, declarararle que no la amo, que tengo una esposa y dos ángeles, que no quiero hundirla en el abismo del abandono ni de la perdición!..... He matado mi carrera, ya estoy lanzado en el camino de la adversidad, es necesario entrar con paso firme en esa senda maldita del crimen!.....¡Dios mío, me vuelvo loco!

El desgraciado Demuriez se paseaba á lo largo del aposen-

to, con los ojos desencajados, el cabello erizado y arrojando espuma sangrienta por la boca.

- ¡Soy un falsario! continuaba con desesperación, la espada de la ley está suspendida sobre mi cabeza; si mañana me descubren, seré arrastrado á un presidio; Dios santo, vuélveme la razón, estoy perdido!

Se arrojó lleno de afixión y delirante sobre unos de los sillones.

De sus ojos comenzaron ó desprenderse la amargas lágrimas de la tribulación, y de su pecho se arrancaban sollozos terribles

Pasado aquel vértigo, se levantó, besó los retratos de sus hijos y de su esposa: dobló los documentos falsos y los volvió á poner en el secreto de su baúl.

Arregló su traje y se dirigió á la casa de Clara, donde tenía acceso á todas horas desde que Don Alfonso le había lealmente concedido la mano de su hija.

CAPITULO NOVENO.

EL DIARIO DEL COMANDANTE DEMURIEZ.

I.

Clara y Luz estaban de guardia en el cuarto de la emperatriz, la víspera del cumpleaños del emperador Maximiliano

Las jóvenes amigas hablaban de sus amores con esa intimidad de un cariño de tantos años.

El amor de Luz hacia Clara se había sobrepuesto á sus ideas sobre los franceses, y Clara continuaba siendo la mas querida de sus amigas.

-Tú estás triste, Luz mía.

-Sí, Clara; ese silencio me revela que mis cartas no han llegado á manos de Eduardo, sobre todo, aquella tan interesante escrita por su anciana madre en los últimos momentos de su existencia.

-Hiciste mal en enviarla, era la prueba de tu vindicación, el lazo único que podía unirme á Eduardo.

-¿Qué le puedo decir que acalle tan justo enojo?

-Eduardo conoce perfectamente á tus padres, y no se le ocurrirá culparte.

-Yo lo conozco, Clara, va á pensar que participo de las fiestas y diversiones de la corte, y acaso que le he olvidado.

La infeliz joven se limpió las lágrimas arrancadas á ese pensamiento.

-¿Y Demuriez? preguntó procurando buscar en la felicidad de su amiga toda la calma y el reposo de su corazón.

-Cada vez más entusiasta, ha traído un *diario* que escribió durante el tiempo que resistí al embate de sus amores: estas páginas te dirán todo lo que he sufrido y cuánto he luchado antes de ceder á ese cariño que me arrebató desde el primer momento.

Clara sacó un paquetito, lo desenvolvió con cuidado y lo puso en manos de su tierna confidente.

-Antes que lo olvide, tengo que entregarte unas cartas de Francia enviadas á Demuriez. Como estaba alojado en casa, allí las han dirigido; ya son de fecha atrasada, lo cual no obsta para que le sean entregadas.

-Bien; yo las recogeré y seré la portadora de ellas.

-Veamos los sufrimientos de tu novio, Clara mía.

-Yo he leído mil ocasiones ese diario, sé algunos párrafos de memoria, pero me es grato oírlos de esa voz de ángel que tú tienes.

Luz reclinó su frente sobre el hombro de su amiga y comenzó á leer con ternura las páginas del manuscrito.

AGONIA.

I.

"Cuando pases lob ángel de pureza! tus ojos por estos tristísimos renglones escritos con la expresión íntima de un corazón desgarrado, perdóname! el acento de la verdad, animado por el soplo del dolor, lanza las hondas quejas del alma en su eterna noche de amargura.

Yo me he acercado trémulo á tus plantas á ofrecerte el homenaje de un cariño que me acompañará al sepulcro; tú has arrojado sin piedad la amargura en el cáliz de mi vida, yo lo he apurado todo y he bebido el amargo licor del infortunio que ha llevado la muerte á mi corazón!.....

Siete lunas han pasado desde ese día en que el destino me arrojó frente á frente de esa mujer, centro de mis esperanzas y foco ardiente de mis ilusiones.....

Yo la recuerdo siempre: un vestido verde y transparente como una nube de primavera, se ceñía á su delicada cintura co-